

A close-up, high-contrast image of a woman's face, focusing on her eyes and a slight smile. She is wearing a dark necklace with a large, ornate key as a pendant. The lighting is dramatic, with deep shadows and bright highlights on her skin.

SE
BUSCA AU PAIR



CARLOS MAYO

SE
BUSCA AU  PAIR

CARLOS MAYO





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

LITERATURAS**SM**•COM

Primera edición: marzo de 2019

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Eduardo Nacarino

© del texto: Carlos Mayo, 2019

© Ediciones SM, 2019

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9182-519-7

Depósito legal: M-3296-2019

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mi hermana Julia.

«Cuando miras largo tiempo un abismo,
el abismo también mira dentro de ti».

Más allá del bien y del mal,

FRIEDRICH NIETZSCHE

SE BUSCA AU PAIR

Familia inglesa con cuatro hijos busca una joven seria y responsable para trabajar como *au pair*, a partir de septiembre y durante un año. Alojamiento en la casa familiar incluido (mansión de Gloomy Gardens, en el pueblo de Grey Hills, condado de Essex). La *au pair* contará con dormitorio y baño propios, además de una paga semanal. A cambio, se encargará del cuidado de los niños y de las siguientes tareas domésticas:

- | | |
|---|---|
| 1 Ayudar con los exámenes | 15 Hacer la compra |
| 2 Cuidar en caso de enfermedad | 16 Celebrar los cumpleaños |
| 3 Servir la cena | 17 Acunar al bebé |
| 4 Lavar los trapos sucios | 18 Servir el desayuno |
| 5 Preparar las maletas en caso de viaje | 19 Enseñar las normas de la casa |
| 6 Fregar los platos | 20 Encender la chimenea |
| 7 Ordenar la ropa | 21 Tender la colada |
| 8 Doblar las sábanas | 22 Encargarse del correo |
| 9 Entrenar con los niños | 23 Poner en orden el ático |
| 10 Contar cuentos | 24 Preparar el baño |
| 11 Jugar con los niños | 25 Barrer las escaleras |
| 12 Preparar el café | 26 Poner en orden el sótano |
| 13 Pagar las facturas | 27 Desempolvar los recuerdos familiares |
| 14 Organizar las fiestas | 28 Deshacerse de la basura |



AYUDAR CON LOS EXÁMENES

La oscuridad estaba a punto de cernerse sobre ella.

Alba podía sentirla. Estaba familiarizada con la sensación y sabía que se podía manifestar de muchas formas: una persona que se le acercaba en mitad de la noche; una mano desconocida que le agarraba el tobillo si lo sacaba de la cama mientras dormía; los espacios a oscuras que quedaban en una serie de farolas demasiado separadas entre sí... La razón le decía que no había nada que temer en ninguna de esas circunstancias, pero, aun así, ella no se sentía segura.

Esa mañana, su inseguridad se había materializado en su ojo izquierdo en forma de mancha. Pero no era muy grande y apenas reducía su campo de visión. Además, como estaba en el rabillo del ojo, ni siquiera la notaba si miraba al frente. Pero... ¿y si...?

Alba se inclinó sobre el lavabo, apretó el botón del grifo, de esos que se cierran automáticamente transcurridos unos segundos, y se lavó la cara. Pestañeó, guiñó el ojo izquierdo y se lo limpió con un pañuelo de papel. Pero nada; la mancha continuaba allí, amenazante como un nubarrón negro en el filo del horizonte.

Suspiró desanimada. Luego miró a su alrededor y constató que estaba rodeada de chicas que esperaban su turno para utili-

zar el lavabo. Chicas que, como ella, habían aprovechado el último momento antes del examen para despejarse, utilizar el retrete o rezar en busca de ayuda. A alguna puede que incluso le viniese bien hacer las tres cosas. Como a la desconocida que, escondida en uno de los baños individuales, vomitaba el desayuno y los nervios.

Pensó ofrecerle ayuda, pero Alba apenas se sentía capaz de lidiar con sus propios problemas. No era para menos. En unos minutos tendría lugar uno de los acontecimientos que definirían su vida: la Selectividad. Siete exámenes en tres días consecutivos en los que todos los alumnos de Bachillerato se juegan su futuro.

Por megafonía indicaron que el primero de los exámenes estaba a punto de comenzar. En el baño, los nervios se crisparon, los estudiantes se intercambiaron miradas histéricas y, por un segundo, todo el mundo se olvidó de la estudiante que vomitaba en el retrete.

Alba no perdió más tiempo. Cogió su mochila con una mano, el carné de identidad con la otra, y salió al pasillo. El corazón le daba botes mientras buscaba el aula que le habían asignado.

«Aula 215..., aula 216... —iba leyendo a medida que pasaba frente a las puertas—. ¡Aula 217! —gritó su cerebro cuando la encontró».

Junto a la puerta, un profesor con una lista en las manos. Los alumnos, en semicírculo, esperaban a que los llamasen para llevarlos al matadero.

—¡Tolosa, Rocío! —gritó el profesor.

Una chica pelirroja se acercó y le enseñó su carné. El adulto comprobó la foto y le indicó con la mano que pasase. La operación continuó en orden alfabético.

—¡Tomizawa, Hikari!

—¡Toyos, Manuel!

—¡Trapote, Lucía!

—¡Trebejo, Alba!

Dio un paso al frente al oír su nombre, pero la cantidad de gente arremolinada ante la puerta de la clase era tanta que apenas pudo avanzar. El profesor alzó la vista de su papel y volvió a llamarla.

—¡Trebejo, Alba!

Sintió que le faltaba el aire y que la mancha en su mirada crecía. Alarmada, levantó el brazo para hacerse ver por encima de la multitud.

—¡Aquí, aquí! —respondió mientras se abría paso entre la multitud.

Le mostró su carné al profesor. Tras comprobar que los datos se correspondían con los de su lista, le hizo un gesto con la mano para que entrase.

Ya en el interior del aula, la joven se detuvo un instante para contemplarla. El lugar no tenía nada que ver con la clase de instituto en la que había pasado los últimos años. Las mesas y las sillas eran bancos inmóviles dispuestos en forma de semicírculo. La mesa del profesor era descomunal y tenía una gran pantalla de proyecciones detrás.

Alba cerró los ojos, tomó aire e imaginó lo que los años le deparaban. Era una chica joven e inteligente con toda la vida por delante, con tantas opciones y posibilidades... En unos meses iría a la universidad y estudiaría Medicina en una clase como esa. Entonces el mundo sería su escenario. La gente permanecería en sus asientos contemplando sus hazañas médicas y los periódicos hablarían de cómo había sobrepasado todos los límites de su campo. Entre ella y su destino solo se interponía un escalón, la Selectividad, que en principio no debería resultarle muy difícil a una alumna de sobresaliente en Bachillerato.

Cuando abrió los ojos, comprobó que la mancha amenazante continuaba en su mirada. Aún peor, le pareció que había crecido. Era como un atisbo de tormenta minutos antes de un desfile. Sintió que en cualquier momento todo podía torcerse.

Leyó las frases que había escritas en la pizarra:

Primer examen: Biología.

Dejad dos asientos entre alumnos.

No habléis. No uséis vuestros teléfonos móviles.

No deis la vuelta al examen hasta que comience la prueba.

No hagáis ninguna estupidez.

Y, por encima de todo, SEGUID LAS NORMAS.

Alba avanzó entre las filas de bancos hasta el lugar que le habían asignado, a dos asientos de la última alumna. Sobre la mesa había una copia del primer examen. Estaba bocabajo, de manera que parecía un folio completamente en blanco.

Se sentó, sacó su estuche y un reloj para controlar el tiempo a lo largo de la prueba. Después, esperó a que terminasen de entrar el resto de los alumnos. Durante esos minutos de infarto, procuró mantener la mirada al frente. Sentía que el reverso del examen la llamaba, pero no quería mirarlo. En esos momentos, el blanco de la página le pareció aterrador. Era la nada. Y cuando uno se enfrenta a la nada, no sabe qué esperar; no se puede prever lo que está a punto de ocurrir. Sin darse cuenta, Alba comenzó a morderse el labio inferior con fuerza, con tanta que enseguida el sabor metálico de la sangre le recorrió la lengua.

Un portazo la hizo salir de su ensimismamiento. Era el profesor que había hecho de portero. Como ya habían entrado todos los alumnos, comenzó a repetir las normas de la pizarra. Pero Alba apenas pudo escucharlo, de lo nerviosa que estaba. Aún más difícil le resultaba verlo, ya que el señor se había colocado justo tras la mancha negra que crecía en sus ojos.

—Podéis empezar ya —dijo por fin el profesor.

Ella permaneció unos segundos sin saber cómo actuar. Solo consiguió reaccionar cuando el centenar de alumnos que se examinaban en la misma sala dio la vuelta al examen. El revolver

de folios sonó como una bandada de cien palomas alzando el vuelo tras un disparo. El pistoletazo de salida. Alba volteó el examen y se abalanzó sobre la primera pregunta:

*1. Las proteínas. Definición, funciones
y clasificación según su composición química.*

«Bien», pensó. Sabía las respuestas. Recordaba haber repasado esa parte del temario en las semanas previas a la Selectividad. Tenía los apuntes grabados en su mente, hasta el punto de que era capaz de recordar cómo estaban dispuestas las líneas en sus páginas de resúmenes. Si hubiese querido, incluso habría sido capaz de decir qué palabras clave de sus esquemas estaban subrayadas con fluorescente.

Pero cuando apoyó la punta del bolígrafo sobre el examen, sintió que el blanco del papel lo invadía todo. Era como si este hubiese reptado por su mano, por su brazo, hasta instalarse en su cabeza. De repente, la imagen de sus apuntes, de las palabras subrayadas, se alejaba poco a poco.

Se agitó en su asiento. Observó su reloj y comprobó que tan solo habían pasado cinco minutos. Cinco minutos. Eso no era nada. Aún tenía tiempo de sobra para hacer el examen. Tan solo tenía que calmarse y leer de nuevo la pregunta; así, la silueta de lo estudiado volvería a definirse en su cabeza.

Pero al bajar la mirada...

*1. Las proteínas. Definición, funciones
y clasificación según su composición química.*

Apenas pudo contener el aliento al constatar que el manchurrón negro de su mirada había crecido. Ahora tenía el tamaño suficiente para teparle parte de las preguntas del examen. Se alteró aún más. Era verdad que todavía tenía por delante mu-

chísimo tiempo para completar la prueba, pero parecía que la mancha aumentaba. Quién sabía cuánto tiempo tendría antes de que le nublase la vista por completo.

Negó con la cabeza para alejar esas ideas. Tenía que concentrarse. Volvió a apoyar el bolígrafo sobre el examen, dispuesta a ametrallar todos sus conocimientos sobre proteínas en el papel. Empezó a formar en su mente la primera frase que iba a escribir cuando, de repente, reparó en un ruido extraño que no había tenido en cuenta hasta entonces. ¿Qué era aquello? Un vistazo rápido a su alrededor le indicó que eran los bolígrafos de sus compañeros, que se deslizaban sobre sus respectivos exámenes con el mismo ruido que hacen las ratas al cavar sus madrigueras.

1. Las proteínas. Definición, funciones y clasificación según

16

¿Y aquel otro ruido? Las manecillas de un reloj lejano sonaban como bombas que estallaban sobre su cabeza a cada segundo.

1. Las proteínas. Definición, funciones

Y los crujidos del banco en el que estaba. Y el agitar de un típex en la distancia. Y el aleteo de otras cien palomas que echaban a volar cuando sus compañeros pasaban a la segunda página del examen. Un resuello. Un murmullo. Un estornudo. Alba percibía todo cuanto sucedía a su alrededor. Y cuanto más consciente era de todo lo que ocurría, más crecía la mancha en sus ojos.

1. Las proteínas.

En este punto, tan solo era capaz de ver un resquicio de imagen en la parte superior de su ojo izquierdo. El resto de su campo de visión lo había inundado la oscuridad. Su pecho comenzó a subir y bajar preso del pánico, y sus dedos, a temblar.

Tragó saliva. Luego, levantó tímidamente la mano para atraer la atención del profesor. Necesitaba decirle que no se encontraba bien y que debían llamar a emergencias. Pero este no la atendió. Estaba ocupado en otras cosas, perdido en algún lugar inconcreto de la negrura que le vendaba los ojos a Alba. Sus compañeros tampoco reparaban en ella, absortos como estaban en la prueba.

17

Aterrorizada por la falta de respuesta y el creciente tamaño de la mancha visual, se esforzó por levantar aún más la mano. También carraspeó para atraer la atención de alguien que pudiese ayudarla, pero ni aun así obtuvo respuesta. Al final, con la respiración entrecortada, optó por una medida drástica, y se levantó de su asiento. El banco chirrió y, de repente, aunque no pudiese verlas, notó sobre sí el peso de un centenar de miradas.

—Por favor, vuelva a su sitio —escuchó decir en la lejanía.

Era la voz del profesor.

Pero ella no obedeció. Quiso explicar lo que le sucedía, pero estaba tan alterada que apenas consiguió balbucear.

—Pero... yo... es que...

—He dicho que vuelva a su sitio.

Murmullos de otros alumnos a su alrededor.

Su respiración entrecortada a un ritmo frenético.

—¡He dicho que vuelva a su sitio!

—Los ojos... Ya no puedo...

—Si no vuelve a su sitio ahora mismo, ¡tendrá un suspenso!

Suspenso. Esa palabra la aterraba. Ella, que siempre había sido tan buena estudiante... Y, a pesar de todo, no le quedó más remedio que permanecer de pie. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Quedarse sentada mientras la luz del mundo se desvanecía en sus ojos? Además de la vista, sentía que le fallaba la respiración y que necesitaba escapar cuanto antes del aula.

Con una mano temblorosa, tanteó el aire en busca de la barandilla que corría junto a los peldaños del aula magna. Cuando dio con el frío metal, se agarró a él como si fuese su chaleco salvavidas y empezó a bajar los escalones con prisa. Los gritos del profesor diciéndole que estaba suspendida, que no hacía falta que se presentase al resto de exámenes, retumbaban en la clase. Pero ella no le prestaba atención. En esos momentos tan solo pensaba en salir a la calle y volver a respirar con normalidad.

No pudo ser; algo le sucedió antes de terminar de bajar las escaleras. Tal vez tropezó con algo que no vio; tal vez fallaron sus pies a causa del estrés; tal vez sus nervios saltaron por los aires. Quizá fue por todo a la vez, pero Alba cayó de bruces al suelo.

Una vez allí, fue incapaz de incorporarse. Sus ojos únicamente veían una cosa...